

calles del pueblo.

Seguramente que no faltaron discusiones, ni manos, cuando comenzó a levantarse el portalillo de belén, frente a la iglesia de San Juan, a uno de los extremos, bajo la acacia, con las mismas tablas que, todos los meses de septiembre, se empleaban para levantar la plaza de toros en las fiestas del Cristo.

Y después, izado el portalillo, echar a suertes a ver a quien se le pedía la vaca y la mula, y que moza, revestida de azules y blancos, haría el papel de madre María, y quien, de morados, el de San José, y a qué familia pedir un chiquillo que, de escasos meses, hiciese de Jesusillo en una noche fría.



Aquella noche de hace, más o menos, cuarenta años, debieron de andar los mozos a la búsqueda de caballos en los que aparentar ser los magos de Oriente. Caballos que pedir prestados a la guardia civil, o al tío Romero. Burros que cargar en serones todo lo que las gentes del pueblo hiciesen llegar hasta el local de la entonces Acción Católica, hoy oficina de turismo, donde tenía sede la cabalgata real, que hasta su propio buzón de correos tenía en la plaza de San Juan. Y lo más difícil, recorrer el pueblo de puerta en puerta solicitando de cada uno de los vecinos una aportación económica destinada a comprar, a cada uno de los chiquillos del pueblo, un juguete, grande o pequeño, eso era indiferente, pero que cada uno, al amanecer del día de Reyes, tuviese un juguete. Seguramente que muchos de aquellos críos de la Atienza de mediados los años sesenta sería el primero que tuviesen, comprado con las cuatro perras que se fueron

reuniendo, y elegido entre los que, acorde a lo reunido, se ofrecían en el estanco o en las tiendas de la tía Pajarera, en los Morenos o en el Robisco.

La tarde debió de ser fría, como suelen ser las tardes de enero en Atienza, cuando la comitiva, a la chita callando, mientras en la plaza de San Juan comenzaba a reunirse la gente, comenzaron a subir, en silencio, con las sombras echadas y en número próximo a los cincuenta o sesenta, hasta el castillo.

Cuando se encendieron las hogueras en la plaza, hogueras en las que se calentaban pastorcillos y pastorcillas, y la mula y la vaca daban ambiente al portal de belén, fue cuando, en el castillo, comenzaron a encenderse otras hogueras, aquellas que habían preparado por la tarde los mozos para iluminar la salida de los reyes desde la torre del castillo.

Había en aquel ensayado festejo un momento cumbre, el del asomarse los reyes al contraluz de las hogueras, a lo alto de lo que fuera paseo de ronda, para que se los viese bien, los reyes y su comitiva, ya que de otra manera la distancia y la oscuridad no permitían siquiera adivinarlos. Y jugando con aquellas hogueras luminosas se los veía, o adivinaba, montar en sus reales caballos al pie del castillo, e incluso se adivinaba tras ellos a su larga comitiva de pajes, todos con sus teas encendidas iluminando la noche de los sueños infantiles.